

ferior del radio, determinan la desviación por la falta de sostén, debido á la ausencia de la diáfisis de este hueso.—El niño tiene anquilosadas las articulaciones de ambos codos.—Presenta restos de abscesos en distintas regiones del cuerpo.—El examen físico no reveló tuberculosis, ni lesiones que pudieran atribuirse á la sífilis.

Lo que tenemos el honor de poner en conocimiento de esta H. Sociedad, en cumplimiento de la comisión con que nos honró el Sr. Presidente.

México, Mayo 11 de 1910.

E. ULRICH.

VELÁZQUEZ URIARTE.

SIFILIGRAFIA.

La lucha contra las enfermedades venéreas.

¿EL RADICALISMO ES INEFICAZ Y CONTRANATURAL?

¿LOS ACOMODAMIENTOS SON INMORALES?

Cuando tuve la honra de ser admitido por esta H. Corporación como candidato para el puesto vacante en su Sección de Dermatología y Sifilografía, dije en el preámbulo de mi memoria inaugural: "Al saber que nuestra Academia N. de Medicina dedicaba su sabia atención al humanitario y difícil problema de la profilaxis sexual, se acrecentaron mis antiguos deseos de ser aceptado en su seno. Por eso me he atrevido á llamar á sus puertas, confiando en la bondad y tolerancia que adornan á casi todos los campeones de la ciencia médica mexicana reunidos en tan alta corporación. Como la edad y el mal entendido orgullo profesional me vedan la asistencia á la Escuela, deseo ilustrarme en las interesantes sesiones de la Academia, tomando en ellas parte activa cada vez que se necesite, para exteriorizar sus sabias y meditadas conclusiones en bien de la humanidad doliente, una voluntad y un entusiasmo que poner al servicio de la sana y útil propaganda."

Mi candidatura tuvo un éxito inmerecido y hoy, al ocupar por primera vez vuestra ilustrada atención cumpliendo con un

precepto reglamentario, vengo á exponeros mis dudas, mis escrúpulos de conciencia, con respecto á esa sana y útil propaganda antivenérea á cuyo servicio he puesto mi entusiasmo y mi buena voluntad.

Cinco apetitos desordenados: los de elación—Soberbia—, hacienda—Avaricia—, *carne*—Lujuria—, venganza—Ira—, comida ó *bebida*—Gula—, y dos tristezas: la del bien ajeno—Envidia—y la del bien obrar—Pereza—hacen pecar mortalmente á los hombres. Todos estos pecados dañan el alma y el cuerpo. Los males espirituales, enormes con el desorden ó el caimiento extremos, se convierten en bienes si quedan dentro de los límites de la conciencia del propio valer, del ahorro previsor, del estricto cumplimiento de la función reproductora, de la susceptibilidad al agravio, de la satisfacción del hambre ó de la sed, de la noble emulación, del descanso reparador. Fuera de estos límites, la Religión dice que faltamos gravemente contra la ley de Dios, y la Higiene nos enseña que cada pecado puede pagarse con una enfermedad de la cual es causa, sólo que para ésta, para la Higiene, no todos los siete pecados son igualmente mortales, conformándose con reservar más ó menos el pronóstico de sus consecuencias. De los siete, cinco merecen clasificarse entre las causas accidentales y dos entre las esenciales.

La Soberbia, la Avaricia, la Ira, la Envidia y la Pereza, son causas tan accidentales de megalomanías, de melancolías ansiosas, de neurosis convulsivas, de obsesiones, de atremias de la voluntad; sus manifestaciones vulgares corresponden tanto al dominio religioso, educativo ó penal, que la medicina muy poco tiene que ver con ellas.

Los dos pecados restantes, la Gula y la Lujuria, nos pertenecen quizá más que al sacerdote, al educador y al juez.

Los estragos posibles del exceso de comida forman un capítulo de higiene individual, cuya vulgarización no reclaman las circunstancias y que, además, no entraña conflictos ajenos á la sanidad pura. Este apetito no causa mis dudas y escrúpulos.

El capítulo higiénico referente á la segunda parte de la Gula, es decir, al exceso de bebida, ó lo que es lo mismo, modernizando el pecado, al uso y abuso del alcohol, es de interés individual y colectivo; vulgarizarlo es de eterna y urgente actualidad, pero el conflicto en la aplicación de sus preceptos surge

entre el higienista y el comerciante, de modo que aquél puede cumplir con su deber sin vacilaciones ni remordimientos.

Las funestas consecuencias de la Lujuria son personales, familiares y sociales. Darlas á conocer es cada día de mayor actualidad y urgencia. La lucha contra el "apetito torpe de cosas carnales" en su significación más directa, pone en constante conflicto la higiene y la moral; su profilaxis mejor intencionada puede ser contraproducente. Esta lucha es la que engendra mis perplejidades y recelos.

Debo advertir que, falseando un poco la Doctrina Cristiana, considero como pecado contra la castidad higiénica cualquiera manifestación voluntaria de sexualidad activa y material, aun la fisiológica, siempre que no preste las garantías sanitarias y de absoluta moralidad que sólo se encuentran dentro del contrato matrimonial. Fuera del matrimonio, toda manifestación de esta naturaleza es "inútil en el medio actual", y expone á contraer enfermedades que arruinan al individuo y degeneran la especie. De ellas, una cuantas requieren el abuso, el hábito pecaminoso, mientras que dos de las llamadas venéreas, la blenorragia y la sífilis, las que con ardor creciente combatimos, afligen con frecuencia al más moderado, á quien sucumbe víctima de la lacra original, á quien peca venialmente y, con más razón, á quien vive en pecado.

En este combate los errores de táctica pueden esterilizar el esfuerzo ó dar resultados contrarios, de ahí que, como soldado de la retaguardia, venga á solicitar de esta Academia una lección de prudente estrategia. Creo que el interesante asunto al debate: Sífilis vacunal, bien puede cederle unos cuantos minutos á una fase no desdeñable de este otro: Sífilis coitiva.

El "ejército de salvación" sexual persigue cuatro ideales, aislándolos ó combinándolos. Los citaré por orden de importancia y de preferencia: la castidad de los solteros, la fidelidad de los casados, las precauciones de los fornicadores célibes y la docilidad de todos los averiados.

El matrimonio precoz del hombre casto es el *non plus ultra* de la profilaxis sanitaria antivenérea y de la moral sexual. El precepto tiene el inconveniente, dicen quienes en mi concepto dicen bien, de oponerse al instinto genésico que llega á su apogeo cuando la aptitud matrimonial comienza todavía á reco-

rrer la órbita preparatoria que la sociedad por otros conceptos le traza, y todos sabemos que el instinto es muy desobediente. Desde este punto de vista quizá el radicalismo en la lucha sea temerario.

Por otra parte, ¿existen pruebas científicas de que el reposo genital, contrariando leyes generales de fisiología y patología general, sea inocuo prolongarlo indefinidamente? ¿Los conocimientos actuales autorizan á un médico para decir al profano: abstente del coito hasta que puedas casarte, que de esa abstinencia no te sobrevendrá ningún mal?

Teniendo en cuenta las nociones que hemos adquirido acerca del equilibrio funcional, parece que quienes sostengan alguna excepción relativa á ellas son los llamados á aducir razones probantes. Hasta hoy éstos han fundado sus afirmaciones en ejemplos de castos rituales é históricos, ó de abstinentes venéreos sanos y físicamente bien equilibrados; en la impunidad del reposo parcial de órganos análogos á los genitales; en el hecho de que los testículos de los tenidos por castos no se atrofian; en la facilidad con que un impedido por voto, promesa ó enfermedad, entra de lleno en el ejercicio viril mediante apostasía, quebrantamiento ó curación; en la posibilidad de una incógnita función testicular otra que la reproductiva.

Niegan los trastornos de la sexualidad contrariada, atribuyéndolos á excitaciones nacidas del medio ambiente, sin fijarse quizás en que este medio, purificado al capricho de la moral más estrecha, siempre sería excitante. No tienen en cuenta que la anatomía y la fisiología de los órganos sexuales, así como las diferencias de educación y de régimen de vida, traen consigo la frecuente paciencia genésica femenina y la impaciencia masculina, contra la que se estrellan sus prédicas y sus falaces argumentaciones.

Aceptan los trastornos de la "maternidad frustrada," tan comunes, y ponen en duda los de la paternidad reprimida por ser tan raros sus ejemplos, llegando, en último caso, hasta á disculpar las faltas "solitarias" á la castidad y á tener por fisiológicos los habituales desbordamientos inconscientes de esa virilidad contrariada, que á fuerza de reprimirse se mancilla ó se desperdicia.

Para conquistar doncellos pacientes procuran distraerlos y ate-

rrorizarlos. En la sala de espera del matrimonio les aconsejan huir de la tentación, del mundo, el demonio y la carne, concentrados en ciertos órganos femeniles; apartarse de las diversiones deshonestas que tanto atraen á la juventud..... y á la verde ancianidad, y acudir á los centros de inocente esparcimiento que son tan pocos y en los que la mayoría comete la inmoralidad de fastidiarse; dedicar sus ocios á los deportes, que son excelentes derivados pasajeros, pero que en los largos períodos de descanso no impiden las explosiones de *masculinismo* fortificado durante los cortos momentos de cultivo físico intenso; consagrar atención sostenida á estudios de preparación ó mejoramiento en las ramas positivas de la moderna intelectualidad, estudios que alargan la espera y que tampoco se oponen á lo que bien pudiéramos llamar la marea sensual.

Entre consejo y consejo, les hacen asistir á una exhibición cinematográfica de pecadores castigados con todas las tenebrosidades sifilíticas que el Museo del Hospital Saint Louis atesora, desarrollando lentamente ante sus ojos atónitos una película interminable en la que desfilarán, como sufrimientos periódicos fatales é incurables: chancros infectantes mixtos y fagedénicos en sus localizaciones múltiples, escogiendo las más visibles y afrentosas; la cloro-anemia, las astenias y la tifosis del período de generalización. Sólo para no perder la ilación de los accidentes, exhibirán las manifestaciones cutáneas superficiales y efímeras, saltando luego á las pápulas de la nuca y la frente, á la Corona Veneris, á las pápulas psoriasiformes palmares (denunciadoras del mal vergonzoso). Las húmedas y vegetantes servirán de espantajo porque revelan su procedencia á los ojos profanos, aunque no sean de las que se exhiben. Entre las pústulas y úlceras secundarias servirán también para el caso las varioliformes de la cara, con sus cicatrices consecutivas; los ectimas profundos fagedénicos, que á veces marcan la nuca y el rostro; el impétigo rodens, formando la terrible máscara delatora, y, por fin, todas las sifilides ulcerosas que implacablemente "salen á la cara."

Las sifilides mucosas se utilizarán por su frecuencia, las molestias que ocasionan, su transmisibilidad, su tendencia á invadir las mucosas genitales y buco-faríngeas, impidiendo el coito por recato y el beso por remordimiento. Se preferirán de entre

ellas las pápulas confluentes y transformadas de la nariz y labio superior; las difteroides de la conjuntiva; las laríngeas productoras de las disfonías tan sospechosas.

Las alopecias, las deformaciones unguinales y las pigmentaciones que ponen un sello duradero, serán también accidentes explotables en la cinematografía profiláctica *à outrance*.

Antes de pasar al terciarismo, tan temible si se le considera como una continuación normal y frecuente de las manifestaciones anteriores, se intercalarán á éstas los accidentes nerviosos tales como las intensas cefaleas y las algias en general, que martirizan y llevan al suicidio; las parálisis y las neuropatías fugaces, precursoras de las definitivas terciarias ó cuaternarias.

Al espectador ya debilitado, marcado y mutilado con los tres años durante los cuales en su imaginación se ha visto convertido en atlas iconográfico de sífilis joven, le remacharán su espanto haciéndolo aparecer retratado en cada imagen de la avería adulta, vieja y hasta caduca, si por milagro pudo resistir al cúmulo de las manifestaciones secundarias y..... al miedo. El escaso resto de su vida va á ser ejemplo viviente, ó mejor dicho, agonizante, de ulceraciones de la piel cabelluda que llegan hasta el hueso; de sífilides tuberculosas genitales y faciales, con su correspondiente é indispensable fagedinismo; de gomas con sus reblandecimientos destructores y sus cicatrices que inutilizan el pene ó los testículos, fuera de las epididimitis y orquitis que también aniquilan el sexo. Los desórdenes visuales que, naturalmente, conducen á la ceguera, y las otitis que socaban hasta el hueso temporal. El lupus sífilítico labial, las glositis con su clásico injerto canceroso; las perforaciones de la bóveda y el velo del paladar; las estrecheces del istmo de las fauces, del esófago y del recto, rematando la sífilis digestiva con el pseudo-cáncer hepático y el diabetes agudo.

No conformes con las manchas, zurcidos y arandelas nasales, harán que el paciente deje en el pañuelo ó en la escupidera el frágil esqueleto de la región, para que los restos se derrumben y sean el certificado indeleble de crápula antigua. De la nariz, pasando por la laringe infiltrada y silenciosa, y por la traquea ulcerada y siflante, llegarán á la tisis sífilítica.

La amilosis renal y la uremia; los desórdenes cardio-aórti-

cos, las arteritis y los aneurismas, irán acentuando el tipo del sifilóforo atento, quien llegará á la cumbre del pavor al enfrentarse con el cuadro bien delineado y colorido de la neurosífilis y de la parasífilis. Las figuras más salientes de este cuadro serán la muerte súbita, la parálisis rápidamente mortales, la epilepsia, las vesanias, la tabes dorsal y la parálisis general.

El pecador, antes de entrar de lleno en el despeñadero de la gran avería, ó al detenerse en algún descanso que el treponema le conceda, caerá en poder del gonococo, y éste, no contento con hacerle derramar abundantes lágrimas purulentas uretrales, apenas le dejará epidídimos y testículos *morales*; pene y bolsas ni siquiera *morales*. Le vaciará los ojos, le anquilosará por lo menos una rodilla, etc., etc.

El chancro simple es tan simple y poco temible en el desigual terno venéreo, que no merecerá mención especial más que porque aumenta á menudo los sufrimientos de la blenorragia y de la inoculación sifilítica; porque es fácil multiplicarlo, extenderlo y convertirlo en foco gangrenoso; porque su adenitis concomitante es la más vistosa de todas las venéreas.

No digo que el sistema terrorista propague el irremediable calvario del sifilítico, estación por estación, desde el infectante "beso de Judas" hasta el Gólgota de la parasífilis, ni que confunda la gonorrea con sus complicaciones; pero muchas son las prédicas é innumerables los escritos radicales que tienden á provocar la obsesión de la castidad (heterosexual, se entiende), y en tal forma se presentan, que el profano sí cree en la fatalidad de la sucesión de averías, y sí confunde la vulgar uretritis gonacóccica con las extremas gonococcemias.

El vulgo nos tilda de exageradores de los males que sólo nuestro gremio es capaz de prever y de curar. Cada vez que nos sorprende en flagrante delito de exageración, se burla de nosotros y algo aumenta su incredulidad. Nos oye hablar de sífilis, lee ciertas proclamas antivenéreas y luego se acuerda de los amigos ex-averiados que tuvieron una rosadura, una erupción fugaz ó un escurrimiento que, pasados pocos días de micciones ardorosas, les sirvió de entretenimiento y les proporcionó deseos y placeres que con la uretra íntegra no habían experimentado. Escuchan á ancianos, felices padres de familia,

y éstos les hablan con inmoral complacencia de sus ligeros tropiezos venéreos en su época de conquistadores, tropiezos que no dejaron rastros. Así se forma la legión de incrédulos, de los que nos oyen y leen considerándonos como monomaniacos fastidiosos, capaces sólo de despertarles alguna vaga curiosidad.

El ínfimo número de los predispuestos á la ginofobia (únicos que nos harán caso, ó mejor dicho, que se lo harán á los pregoneros de abstinencia), al contemplar la película ya bosquejada, se dividirán en dos grupos: los renunciantes temporales á la mujer y á la función sexual, y los que sólo renunciarán casi definitivamente á la temible mujer. Estos últimos se subdividirán en homosexuales y en onanistas. Dudo que existan los "limpios" del primer grupo. El número de los de la primera subdivisión va aumentando; ya se dan á conocer por partidas de más de cuarenta. Los malthusianistas rudimentarios de la segunda, crecerán en progresión geométrica si se sigue extremando la nota profiláctica en las agrupaciones juveniles.

La fidelidad del casado como medio de profilaxis sanitaria y moral, no puede provocar ningún conflicto entre el médico y el moralista, de modo que, aceptándola sin reserva, pasaré á comentar muy brevemente los ideales tercero y cuarto, que son, si se quiere, los más resbaladizos.

El propagandista que huya del radicalismo absoluto y llegue á substituir el: abstente, por el: modérate, ya tendrá que aceptar la fornicación del célibe, y su moralidad no le permitirá considerar más que los coitos ilícitos mensuales ó anuales (me parece que estos son dos límites de temperancia recomendables), con mujeres á quienes el temperante no pedirá la exclusiva. Esta propaganda tenderá, pues, sencillamente, á colocar al moderado en condiciones de mínima receptibilidad venérea.

Aquí tendrán que empezar los acomodamientos, que descansarán en estas bases:

1ª La moderación equilibra el organismo y lo hace más resistente á los posibles contagios.

2ª A menor número de coitos, menores probabilidades de inoculación.

3ª Los contactos prolongados aumentan los riesgos de transmisión.

4ª La selección de mujeres, el aseo especial y toda la serie de llamados preservativos, disminuyen, aunque muy débilmente, los peligros de avería.

A propósito de cada consejo primordial, los acomodaticios, por poco que sean un tanto severos, tratarán de no dejar nacer falsas confianzas, insistiendo en que la resistencia orgánica es fácilmente vencida por la malignidad imprevista de algunas manifestaciones; en que un solo coito desgraciado sobra para envenenar al doncello más rehacio en capitular y que más haya abreviado su minuto de flaqueza; en que la mujer "selecta" que á él se entregue, puede haber sido días ó meses antes doncella tan rehacia y poco afortunada como él mismo lo va á ser; en que el aseo evita germinaciones mixtas, pero puede favorecer culturas purísimas y abrir puertas algo disimuladas con una celosía de esmegma.

Habrá que mencionar las fundas penianas que de tanta fama gozan, y aunque se advierta que son como paraguas en tiempo de huracán (Parent-Duchatelet); como botas impermeables para entrar al baño; de una eficacia igual á la del fusil de chispa en una guerra moderna; no se podrá negar que quien sabe servirse de ellas no será vacunado en la zona protegida.

Al conceder un sólo coito ante-matrimonial, forzoso será tener en cuenta que se habla á posibles futuros averiados, y, en consecuencia, no podrá suprimirse el sermón profesional que muchos tacharán de interesado, y que se reduce á exhortar al pecador ya castigado, ó que justamente tema el castigo, á que se ponga inmediatamente en nuestras manos, obedeciendo con humildad y paciencia todos nuestros mandatos y prescripciones, y huyendo del charlatán aún más que de la peste..... moderna.

Para dar pretexto á la docilidad del enfermo, necesario será cubrir con tupidos velos los tintes muy crudos de la película radical, proclamando que hoy la sífilis bien tratada es grave por excepción; que los tonos impresionantes de las imágenes que á su vista se hacen reverberar, son de la paleta del pintor de sífilíticos abandonados ó, lo que es peor, afectos á específicos de cuarta plana y á contratos por curación rápida con especialistas anunciadores de todas las planas.

Nuestro ilustrado compañero el Dr. González Urueña, preguntó hace poco á la Sociedad de Profilaxis Sanitaria y Moral: ¿sería inmoral recomendar la pomada de Metschnikoff? Hubo un concierto de respuestas; se le agregaron enunciados al problema, y se aplazó la resolución.

En el calor de la actual discusión acerca de la vacuna en México, el *leader* de los conservadores, Dr. Monjarás, nos anunció que el Consejo S. de Salubridad había adoptado la fricción de Metschnikoff para alejar aún más el remotísimo peligro de sífilis vacunal oficialmente inoculada. La noticia de que existe en realidad una pomada que precave de la gran avería, pudo haberse publicado al día siguiente en nuestros diarios de información, autorizada con el visto bueno de un distinguido académico y casi, casi, con el de nuestra Suprema Corte de Higiene. ¿Será inmoral esta aparente indiscreción sanitaria?

Mientras más eficaz fuera el medio profiláctico divulgado, mayor resultaría su inmoralidad, siempre, se sobrentiende, que al divulgar los medios dudosos conocidos no se exagerara su eficacia. Como ya dije en otra ocasión, guiándonos de este criterio, el descubridor y los vulgarizadores del suero inmunizante antisifilítico serían poderosos agentes de depravación social.

Las siguientes interrogaciones concretan mis dudas y escrúpulos, y si logro que se me contesten, habré recibido la lección de "prudente estrategia" que humildemente solicito:

¿La abstinencia sexual es recomendable?

Para conquistar prosélitos abstinentes ¿serán eficaces los derivativos sexuales vulgarmente aconsejados?

Agigantar á los ojos del vulgo el espectro venéreo ¿dará los resultados que se esperan?

Marchando de acuerdo la higiene y la moral ¿convendrá dar consejos profilácticos á los célibes fornicadores?

Estos consejos, prudentes y con las debidas restricciones, ¿podrán ser tachados de inmorales?

¿Debe propagarse la verdad relativa á los maravillosos efectos de la terapéutica científica antivenérea?

México, 8 de Junio de 1910.

DR. E. LAVALLE CARVAJAL.